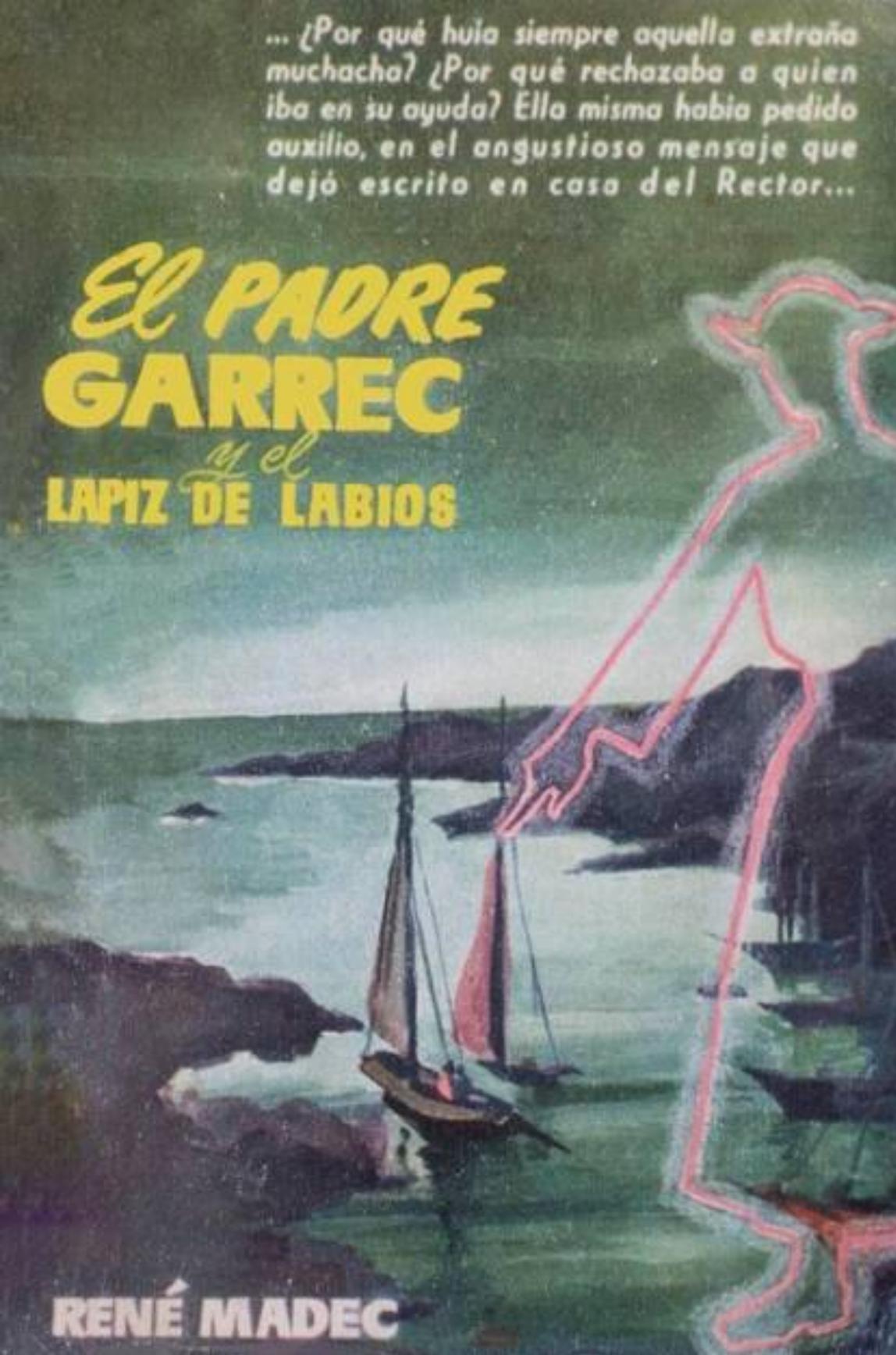


... ¿Por qué huía siempre aquella extraña muchacha? ¿Por qué rechazaba a quien iba en su ayuda? Ella misma había pedido auxilio, en el angustioso mensaje que dejó escrito en casa del Rector...

EL PADRE GARREC

y el
LAPIZ DE LABIOS

RENÉ MADEC

The book cover features a painting of a coastal scene with several sailboats in the water and dark, rocky cliffs in the foreground. A large, stylized red outline of a person's head and shoulders is superimposed on the right side of the cover, partially overlapping the landscape. The overall color palette is muted, with greens, blues, and browns.

Antes que párroco de un pueblecito perdido en la costa de Bretaña, el padre Garrec fue capitán de la Marina mercante. La vida no tiene secretos para él y su claro buen sentido de hombre de Dios llega bastante más lejos que la mundana perspicacia. Allí donde las gentes al uso, y hasta la propia Policía, no ven sino un suceso trivial, este humilde cura de aldea descubre que están en juego la existencia de una mujer y la suerte de un alma. Recio de cuerpo y de espíritu, sin otras armas que su tenacidad y su campechanía, el padre Garrec acude a la primera llamada, rastrea los tenues y oscuros hilos de una trama que semejava impenetrable; y cuando todo parecía acabado, cuando la losa de las últimas diligencias judiciales había sepultado el asunto en el olvido de los archivos, el sagaz párroco logra descifrar el enigma y salva así lo que aún podía ser salvado.

Personajes

Por orden de aparición

El rector GARREC: cincuenta y cinco años.

El ama, Vda. Ana POGAM: sesenta y dos años.

El fabricante, JAIME LE DU: treinta y cinco años.

Su mujer; su hijo Marcelo.

María PRIGENT: veintidós años.

Yvonne PRIGENT: veintiocho años.

La tía PRIGENT: cincuenta y un años.

El farmacéutico HAMONIC y su hija Jacqueline.

Dos sacerdotes jóvenes.

El pescador, Juan LARZUL; treinta años.

Gendarmes:

Sargento Job LE FUR.

CARLOTTI, marido de la «bella Juanita», llamado el «Gato con Botas».

El inspector LE GALL.

Sor María de la Inmaculada.

El síndico de los pescadores.

La madre, paralítica, de Juan LARZUL.

Luisa ROUZIC, dueña del Café de la Marina.

Alina y su marido, Pedro TOËR (en fotografía).

La «bella Juanita», empleada de Correos.

El barquero Emilio.

La panadera.

Juan María «el Inocente».

Tanguy, amigo de LARZUL.

Margarita POUILLAIN: veinticuatro años.

1

DESDE abajo, desde el mismo arranque de la escalera, la vieja criada anunció a voz en cuello:

—¡Señor rector, que aquí preguntan por usted!

El padre Garrec, que estaba preparando un sermón, hizo una mueca de disgusto: jamás había podido conseguir que su ama, aquella veterana sirvienta de edad archicanónica y aire de avechucho, subiese a su cuarto de trabajo para decirle quién le buscaba.

Claro que todo rector —como llaman al párroco en los pueblos de la Baja Bretaña— sabe que está al servicio, a la disposición de sus feligreses; sí, pero no al capricho del primer viajante o del primer importuno que llega.

Mientras recogía sus cuartillas, y luego, al bajar los crujientes peldaños de la vetusta escalera, el rector Garrec pensaba: «Este va a ser otro corredor de vinos. Se creen que los curas somos ricos. ¡Beber yo burdeos! Están atrasados de noticias. Sidra de mis manzanas es lo que bebo, y ni siquiera puedo todos los años».

El rector Garrec bajaba pausadamente. No porque tratase de adoptar un continente solemne; no era su estilo. Ni tampoco porque empezase a envejecer. A sus cincuenta y cinco años, aquel ex capitán de la Marina mercante, que «se metió cura» —como decían sus antiguos compañeros— después de cumplir los cuarenta, seguía siendo un mozo musculoso, robusto y lleno de empuje. Se semejaba a la estatua del arquitecto, esculpida por Fidias: una cabeza cuadrada con el pelo corto y espeso, apenas encanecido; un

cuello tan ancho, que el cráneo parecía estar directamente implantado sobre los vastos hombros; un torso poderoso, cuyas líneas se marcaban a través de la sotana. Andaba a grandes zancadas, y el paño negro bailaba, volaba alrededor de sus piernas, como los estandartes de la procesión en día de viento; los zapatos, que lanzaban la tela de un lado para otro, eran verdaderos borceguíes de caminero: un 45 con triple suela. Tenía poco vientre; el preciso, con ayuda del cinturón, para poder combar el cuerpo hacia atrás cuando se detenía en una actitud firme, inquebrantable, que indicaba sin lugar a dudas; «Bondad, sí; cuanta queráis. Pero no esperéis debilidad, ni me vengáis con cuentos». Las mangas de la sotana eran su desesperación. Ninguna «casa del clero» accedía a hacérselas con la suficiente anchura. Y los potentes bíceps del rector al contraerse, las acortaban, las plegaban en círculos, de tal modo, que dejaban al descubierto, hasta, bastante más arriba de las muñecas, sus velludos antebrazos de luchador.

El rector Garrec bajaba despacio, porque iba pensando en el sermón que debía pronunciar a la mañana siguiente. Cuando llegó al pie de la escalera, estuvo a punto de subir de nuevo. Acababa de hilvanar un razonamiento de gran fuerza, un argumento que impresionaría mucho a sus fieles. Tenía que anotarlo en seguida para que no se le olvidase...

No. Antes, la visita.

A un paso ya del comedor, el rector suspiró. ¡En fin!, era su papel. Aunque se tratase de un famélico representante de ceras y cepillos, habría que despedirle con amabilidad. Incluso un vendedor de receptores de radio o de productos alcohólicos, esos dos venenos del mundo moderno, es un hombre al que hay que dar lo que se puede: por lo menos, una sonrisa y un poco de simpatía.

El padre Garrec abrió la puerta.

Nadie.

Entró en la habitación y miró detrás del batiente. A veces, algunos tímidos se refugiaban en aquella penumbra

como en una garita. Habían venido para hablar, pero candorosamente aplazaban por unos segundos el momento de hacerlo.

Tampoco. En aquella ocasión no había absolutamente nadie.

El rector salió y llamó a la vieja criada.

Pero el ama no respondía.

El sacerdote corrió al patinillo que había detrás de la casa. Allí, en el lavadero, la sirvienta golpeaba furiosamente la ropa con su pala de madera.

—¡Ana! ¿Qué ha hecho usted de la visita?

La vieja, que no oyó la pregunta, siguió descargando sobre una camisa del rector la irritación provocada en ella por algún ignorado resentimiento.

El padre Garrec tuvo que acercarse.

—¿Adónde le ha llevado usted?

—¿A quién iba yo a llevar?

—Al visitante.

—¿A la visita? ¡Ah! ¿A esa muchacha? Pues al comedor, como siempre, señor rector.

Y miraba al sacerdote con asombro. ¿No estaba harto de saber que nunca llevaba las visitas a otro sitio?

—No hay nadie.

—¿Nadie?

La vieja no podía creerlo, y como si dudase de la salud mental del rector, dejó pala y jabón, se secó las manos en el delantal y emprendió a lo largo del corredor una especie de trotecillo apresurado. Llegó al comedor, entró y miró también detrás de la puerta.

Cuando se convenció de que el padre Garrec no desvariaba, levantó los brazos al cielo, con un gesto de impotencia y desprecio, que significaba claramente: «¡Bah! ¡Alguna loca!».

—Pero ¿quién era, Ana?

—¡Psché! ¡Valiente mujer!

—Valiente o no valiente, ¿quién era?

—Debía de ser una obrera de la fábrica de conservas. Venía disfrazada a la moda de la ciudad. Toda pintarrajeada... Con la falda, con la falda... por la rodilla. Y apestando, señor rector, apestando a perfume.

Ciertamente, en la habitación flotaba todavía un olor desacostumbrado.

—¿No la conoce usted?

—¡Quiá! ¡No, señor! —exclamó la vieja en el mismo tono que habría adoptado para decir: «Yo no me trato con gente de esa clase».

—¿Venía sola?

—Sola, sí... Pero ¿qué es esto?

La vieja lanzó un grito; su dedo acusador apuntaba hacia el camino de mesa.

—¡Oh, qué vergüenza! ¡Qué descaró! Haberlo llenado así de chafarrinones...

Y tenía razón. Sobre la estrecha banda de tela cruda se veían unas manchas sanguinolentas.

El sacerdote se aproximó.

¿Era sangre?

Se acercó más. No. Era otra cosa. El padre Garrec pasó el índice por aquella materia grasa y se lo llevó a la nariz. Eran las huellas de un lápiz de labios.

Sintió ganas de sonreír ante la indignación de la vieja, pero no dejó de experimentar al mismo tiempo un cierto enfado: la broma era de pésimo gusto.

Aquellos trazos parecían una serie de bucles.

El sacerdote dio la vuelta a la mesa. Vistos desde el otro lado, los trazos semejaban letras escritas con precipitación. Sí, claro que sí:

«Aus... ausi... ausi lio...».

Al parecer, la desconocida había querido poner: «Auxilio». Se podía leer aún otra palabra: «Mar...». ¿Mar...?

¿Se trataba de una firma? Pero ¿cuál era? ¿María? En tal caso, poco se adelantaba, porque la mitad de las muchachas de la comarca respondían a ese nombre.

Pero ¿por qué se había interrumpido aquella mujer? ¿Por qué había escapado? ¿Había entrado alguien detrás de ella?

El rector decidió interrogar a la criada. Tarea inútil. El ama había tornado, gruñendo, a la colada. Le costó mucho obligarla a suspender la faena, y en definitiva, nada pudo sacar de ella.

Evidentemente, desde aquel patinillo, y entregada como estaba a golpear la ropa con la pala de lavar, el ama no podía haber advertido cosa alguna. Apenas si habría oído la campanilla, cuando llegó la extraña visitante.

El padre Garrec, encerrado en su despachito y absorto en el sermón que estaba preparando, tampoco podía haber oído nada, pues la habitación se hallaba situada en la parte trasera del edificio, y a pesar del calor de junio, el rector había cerrado la ventana para concentrarse mejor y para que no le molestase el ruido que hacía la pala de lavar.

Entonces pensó: «Podrían desvalijarme en pleno día. Claro que —añadió en seguida— poco sería lo que se llevasen...».

En realidad, jamás se le había ocurrido que pudieran desvalijar de verdad al rector del pueblo de Riélan-sur-Mer.

Volvió al comedor.

Prescindiendo de los garabatos trazados con la barra de labios, no se apreciaba el menor desorden. Un florero con algunas caléndulas, lleno de agua casi hasta el borde, estaba colocado sobre el camino de mesa, y lo más sorprendente era que no hubiese caído ni una gota en el mantelillo. Por tanto, la desconocida no había tirado de él. Había escrito tranquilamente encima con el lápiz graso.

¿Graso? Tal vez: pero ¿de qué clase era exactamente el lápiz? El rector movió la cabeza: ni los sacerdotes ni los marinos suelen ser muy entendidos en lápices de labios...

Bien. Si la desconocida había podido escribir con relativa calma, se debía a que aún estaba sola. El hecho de que

sus trazos resultaran difícilmente legibles, no indicaba que la hubiesen hostigado, sino que aquella muchacha carecía casi por completo de instrucción.

¿Acaso había visto llegar a alguien mientras se esforzaba en formar las palabras de su mensaje?

El rector dio una vuelta alrededor de la mesa para buscar el lugar donde se encontraba la joven en el momento en que escribía. Efectivamente. Era un punto desde el cual se veía, a través de la ventana abierta, el caminito del jardín, y a su final, la verja rematada por una cruz y abierta de par en par.

¿Cabía pensar que un hombre o una mujer hubiese entrado en el jardín de la parroquia para perseguir a alguien? ¿Era inverosímil! Sin embargo, parecía cierto.

En cualquier caso, no había habido lucha, puesto que no se veía el menor desorden. La desconocida había salido, incluso, con todo sosiego, pues había cerrado las dos puertas: la del comedor y la del vestíbulo. ¿O es que había saltado por la ventana? No; habría dejado huellas en el arriate, recién labrado; pero entonces, ¿por qué se había interrumpido tan bruscamente? ¿Por qué no había terminado, siquiera, su firma?

El padre Garrec estaba perplejo.

¿Se trataba de una broma? «Gracias a Dios, pensó, en un pueblecito como Riélan-sur-Mer se respeta al cura». Además, la muchacha se exponía a ser sorprendida en flagrante delito si el rector hubiese bajado en seguida.

Pero ¿no había bajado inmediatamente? El rector reflexionó y pensó que, quizá sin darse cuenta, había tardado un poco en reaccionar. Recordó que había continuado meditando «durante algunos instantes», y que se había detenido a tomar nota de sus ideas. Ahora bien, cuando se medita y se escribe, no se repara en que el tiempo pasa.

Seguramente, la joven había tenido que esperar cinco o diez minutos. Luego, había sabido de pronto que debía marcharse. ¿Por qué? ¿Y por qué no había llamado? ¿Por-

qué había visto pasar por la carretera, al otro lado de la verja, a alguien que ella temía? ¿Alguien que la habría oído, si la muchacha hubiese llamado? ¿Confiaba la desconocida en que aquella persona hubiese perdido su pista?

Pero entonces, ¿por qué se marchó después tan precipitadamente? El rector tuvo una inspiración: porque el recién llegado había penetrado en el jardín, la había visto, y si ella hubiese continuado escribiendo, el intruso lo hubiera advertido; en cambio, si la muchacha salía a su encuentro espontáneamente y con aire natural, el recién llegado ignoraría aquel mensaje. Ignoraría que la desconocida había intentado pedir auxilio. La joven podía decirle que había querido hablar con el rector de cualquier cosa sin importancia.

El sacerdote, que había pensado todo esto con gran rapidez, se dijo: «¡Estoy hecho un detective! Mi razonamiento parece justo».

Se encaminó presuroso hacia la carretera, reprochándose no haber ido antes. Estaba desierta. El ardiente sol de principios de junio se reflejaba con violencia sobre las fachadas encaladas de las casas, todas iguales, con su planta única y tejado de pizarra. Una cortina de tela cruda ocultaba, como era habitual, el pequeño escaparate del ferretero-plomero-fontanero, Monsieur Tromeur, cuya puerta estaba cerrada. Al otro lado de la verja del carnicero Guillou se veían los mármoles del establecimiento y el tajo de madera, desnudos, limpios, vacíos, pues la tarde acababa de empezar. El café-ultramarcos de María Andren seesteaba en abandonada soledad, detrás de las ventanucas y de la puerta entornada. Cerca de la parroquia, en la sombra oscura del bosquecillo, la comunidad de las hermanas de la Inmaculada Concepción parecía orar bajo la gran cruz que coronaba el edificio. A la izquierda, y agazapada tras los árboles de la plazoleta, la iglesia alzaba con ademán apacible sus campanarios de granito. Nadie; solamente la gata tricolor de los Tromeur, que dormitaba sobre el alféizar de una

ventana; los pájaros, que piaban en las ramas, y algunas nubes resplandecientes que bogaban lentas en el cielo.

¿Qué hacer? ¿Preguntar a las monjas? ¿O a los vecinos, cuyas mujeres quizá estuvieran acechando detrás de los visillos, medio caídos? Sí; se podía intentar. Pero antes era preciso obtener algunos datos sobre el aspecto de la extraña visitante. Lo malo era que... A nadie temía el rector en este mundo, ni aun a Monseñor, a nadie, excepto a su ama. Obligar a la vieja a decir lo que no le apetecía, o lo que se apartaba de aquello que Ana se había propuesto manifestar, era más difícil que llevar al maestro a la iglesia. Por eso, el rector, que con paso tardo deshacía el camino entre los rosales trepadores recién florecidos y las lechugas de su huertecillo, se rascaba la nuca por debajo del bonete, igual que lo hacía antaño por debajo de la gorra de plato, cuando, siendo segundo oficial a bordo de un mercante, tenía que decirle al «patrón» que la mitad de la tripulación andaba dispersa por las tabernas del puerto, y que si no se producía el milagro de un regreso general en el último minuto, no sería posible aparejar para la marea alta.

—Pero vamos a ver, Ana, ¿cómo era esa muchacha?

—Una desvergonzada; no había más que mirarla.

—¿Qué le ha dicho a usted?

—¿Que qué me ha dicho? Casi no la he entendido. Estas mocosas ni siquiera saben hablar como es debido. A todo el mundo le tratan...

—Bien, Ana; pero ¿qué es lo que le ha dicho a usted?

—Que quería hablar con el señor rector.

—Sí, pero ¿en qué términos lo ha dicho?

—Pues en los términos que usan esas gentes de hoy en día.

—¡Ana! Esto es muy importante. Trate usted de repetirme con exactitud...

—¿Que trate? ¿De qué? Yo no soy ninguna tonta, señor rector.

—No, Ana; claro que no. Pero es fácil olvidar...

—Sí, ahora diga que se me ha olvidado; ¡pues no faltaba otra cosa! Con el trabajo que yo tengo...

La vieja blandió su pala de lavar y le volvió la espalda.

—¡Ana!

El ama se detuvo, como paralizada.

—Ana, si su hija se encontrase en peligro...

—Mi hija no es como esa mujer, ni mucho menos.

—Seguramente, Ana. Pero los sacerdotes estamos en el mundo para los buenos y para los malos. Más aún para los malos. ¿Llevaba sombrero esa muchacha?

—¿Sombrero? Algo así como un pedazo de bayeta, buena para fregar el suelo. Y el pelo cortado, como suelen llevarlo todas éstas; y rizado y ondulado, y con la permanente, y con brillantina, y colonia y de todo. ¡Qué asco!

—¿Era rubia?

—¡Y qué sé yo! Si hoy en día, las morenas son rubias, y las rubias, pelirrojas.

—¿Tenía la nariz grande o pequeña?

—La tenía de desvergonzada.

El rector empezaba a sentirse vencido; tendría que batirse, al fin, en retirada. Por otra parte, Ana había comenzado a «derivar» hacia el patinillo, igual que un bote cuando se le ha largado la amarra.

Pero ¿cómo? No, ¡de ninguna manera! No podía consentir que alguien pidiera auxilio en vano al rector, al jefe espiritual de la parroquia.

—¡Ana!

—Nunca acabaré de lavar la ropa.

—¡Me rio yo del lavado de ropa!

En el semblante de Ana se retrataba su escandalizada sorpresa: si a los rectores les da ahora por encolerizarse..., ¿adónde irá a parar este mundo podrido? Y su rostro se contrajo como un puño que se cierra.

—Si ya no me necesita el señor rector... No tiene usted más que dos calzoncillos, y uno de ellos está muy gastado. Si no lavo el otro, ¿qué va usted a ponerse?

—Basta, Ana. Venga conmigo.

La hizo entrar en el salón, en aquel salón, cuyas contraventanas, permanentemente cerradas, dejaban entrar apenas un poco de luz gris, luz de capilla, que iba a morir sobre los sillones cubiertos de fundas a rayas.

Y cerró la puerta.

La vieja estaba desconcertada. Pero era testaruda, y aún no quería ceder.

—Ana, es preciso que demos con esa muchacha.

—Al señor rector le sobra tiempo que perder.

—Ese es asunto mío, Ana. Me ha dicho usted que esa joven tenía aspecto de ser obrera de la fábrica de conservas. ¿La había visto usted antes?

La vieja negó con la cabeza, pero su negativa era un tanto reticente; no era rotunda, como de costumbre.

—¿Se parecía a alguien conocido de usted?

Ana no respondía. Sus dedos se crispaban sobre el delantal.

—¿A quién?

—A una remilgada.

¿Iba a volver a las andadas?

—Pero ¿a qué remilgada? ¿A qué empleada de la fábrica?

—A una de esas atrevidas que van detrás de los muchachos.

—¿Sabe usted cómo se llama?

—Pues no.

—Pero ¿la reconocería usted?

—Sí, desde luego.

—Bien. Póngase la toca, Ana. Vamos al puerto.

—¿Al puerto? ¿Y mi trabajo? ¿Y mis piernas? No piense que voy a ir en bicicleta, como usted.

—Iremos a pie, por el sendero. Tres kilómetros no son demasiado para usted.

—¡Ah, no! Ni hablar de eso. Tengo que lavar...

—Es una orden. Ana.

Un vientecillo fresco venía del mar. El blanco sendero serpenteaba a lo largo de los campos; luego descendía hacia una cañada llena de vegetación, franqueaba más adelante el fondo de un brazo de mar, sobre una calzada de losas, atravesaba, entre juncos, un magnífico huerto de manzanos y subía hasta la llanura pelada del molino, cuyas grandes aspas giraban lentamente. El rector iba el primero, hendiendo la brisa, sosteniendo su teja con una mano y los vuelos de la sotana con la otra; la caída de su faja de seda tremolaba como un gallardete. Ana le seguía con paso precipitado e inseguro; su toca de viuda temblaba, gesticulaba con una vehemencia, que los brazos de la vieja no podían expresar porque estaban ocupados en sujetar la capa plisada que se había puesto, a pesar del calor. ¿Quién pensaba en la temperatura? La dignidad ante todo. El ama no cesaba de gruñir, pero el viento se llevaba sus protestas.

De súbito, cubriendo casi la mitad del horizonte, apareció el mar, azul y esplendoroso. El rector aspiró el aire con fruición. Sus ojos se trocaron en dos estrechas rendijas para poder identificar allá lejos una mancha minúscula, un vapor, un mercante «de dos puentes», según observó el padre Garrec. A sus cincuenta y cinco años, aquellos ojos azul claro, aquellos ojos de niño, tan buenos y dulces habitualmente, aunque a veces se tornasen penetrantes como dagas, eran los mejores de la parroquia. Ana, por su lado, no concedió ni una sola mirada al mar; corría detrás del rector haciendo un ruido seco con sus asombrosas botinas, cuidando celosamente de que su capa cruzara bien sobre su gorguera encañonada, y sin dejar de refunfuñar.